

EMILY HENRY

«UNA DE MIS AUTORAS FAVORITAS.» COLLEEN HOOVER

«LA COMEDIA ROMÁNTICA PERFECTA.» TAYLOR JENKINS REID



BOOK LOVERS

AMOR ENTRE LIBROS



Emily Henry
Book Lovers
Amor entre libros

Traducción de Anna Valor Blanquer



PRÓLOGO

Cuando los libros son tu vida —o, en mi caso, tu trabajo—, termina dándosete bastante bien adivinar por dónde irá una historia. Empiezas a formarte en la cabeza un catálogo de tópicos, arquetipos y giros argumentales comunes, divididos en categorías y géneros.

El marido es el asesino.

A la pringada le hacen un cambio de imagen y, sin las gafas, está como un tren.

El chico consigue a la chica (o la chica consigue a la chica).

Alguien explica un concepto científico complicado de entender y alguien le responde: «¿Me lo traduces?».

Los detalles cambian de un libro a otro, pero no hay nada nuevo bajo el sol.

Tomemos como ejemplo las historias de amor en un pueblecito.

De esas en las que mandan a un pez gordo cínico de Nueva York o Los Ángeles al típico pueblo estadounidense con el objetivo de cerrar el vivero de árboles de Navidad que da de comer a una familia y que una desalmada multinacional pueda quedarse los terrenos.

Sin embargo, cuando ese paradigma de tío de ciudad llega al pueblo, las cosas no salen según lo previsto. Porque, cómo no, la chica que regenta el vivero de árboles de Navidad —o la pas-

telería o lo que sea que le hayan encargado destruir— es absurdamente atractiva y, para más inri, está disponible para el cortejo.

En la ciudad, el prota tiene pareja. Una mujer despiadada que lo anima a hacer lo que había ido a hacer y a destrozarse unas cuantas vidas a cambio del gran ascenso que le han prometido. Él responde a sus llamadas, durante las cuales ella lo interrumpe ladrándole consejos crueles desde el sillón de su carísima bici estática Peloton.

Se sabe que es mala porque tiene el pelo de un rubio antinatural peinado hacia atrás como si fuera Sharon Stone en *Instinto básico* y también porque no soporta los adornos de Navidad.

A medida que el protagonista pasa tiempo con la encantadora pastelera o costurera o... vendedora de árboles de Navidad, su mundo va cambiando. ¡Descubre el verdadero significado de la vida!

Regresa a casa transformado por el amor de una buena mujer. Entonces, le pide a su novia fría como un témpano de hielo que salga a dar una vuelta con él. Ella lo mira boquiabierta y dice: «¿Con estos manolos puestos?», o algo por el estilo.

«Será divertido», insiste él. Y, durante el paseo, puede que le pida que mire las estrellas.

«Ya sabes que no puedo levantar la cabeza, ¡acabo de ponerme bótox!», salta ella.

Y, entonces, él se da cuenta: no puede volver a su antigua vida. ¡No quiere! Termina su relación fría e insatisfactoria y le pide matrimonio a su nuevo amor. (¿A quién le hace falta eso de salir un tiempo?)

En ese punto, estás ya gritándole al libro: «Pero ¡si no la conoces! A ver, desgraciado, ¡dime su nombre completo!». Desde el otro lado de la habitación, tu hermana, Libby, te chista y te tira palomitas a la cabeza sin levantar siquiera la vista de

su propio libro de la biblioteca que también tiene las tapas arrugadas.

Y por eso llego tarde a esta comida de negocios.

Porque esa es mi vida. El tópico que gobierna mis días. El arquetipo sobre el que se superponen mis detalles.

Yo soy la de ciudad. No la que conoce a un granjero bueno-
rro. La otra.

La agente literaria estirada y arreglada que lee manuscritos subida a su Peloton mientras un salvapantallas de un paisaje costero sereno se mueve, inadvertido, por la pantalla de su ordenador.

Soy a la que dejan.

He leído esta historia y la he vivido las veces suficientes como para saber que está volviendo a pasar ahora mismo, mientras sorteo con el teléfono pegado a la oreja a todos los transeúntes que van por el Midtown de Manhattan a primera hora de la tarde.

Él todavía no me lo ha dicho, pero se me están erizando los pelos de la nuca y el vacío crece en mi estómago conforme lleva la conversación hacia un precipicio por el que caerá como en los dibujos animados.

Grant no tenía que quedarse en Texas más de dos semanas, lo suficiente para ayudar a cerrar un acuerdo entre su empresa y el hotel con encanto que pretendían comprar a las afueras de San Antonio. Tras haber vivido ya dos rupturas post-viaje de trabajo, me tomé la noticia del suyo como si me hubiera anunciado que se había alistado a la marina y se embarcaba la mañana siguiente.

Libby intentó convencerme de que estaba siendo una exagerada, pero a mí no me sorprendió que Grant no pudiera llegar a nuestra llamada nocturna tres días seguidos ni que terminase pronto otros dos. Ya sabía cómo acababa esto.

Y, entonces, hace tres días, horas antes de su vuelo de vuelta, pasó.

Hubo una intervención divina que lo obligó a quedarse en San Antonio más de lo previsto. Le estalló el apéndice.

En teoría, en ese momento podría haber comprado un billete y haber ido a verlo al hospital, pero estaba en mitad de una venta importantísima y tenía que estar pegada al móvil y disponer de buena conexión a internet. Mi clienta contaba conmigo. Para ella, era una oportunidad de las que te cambian la vida. Y, además, Grant apuntó que una apendicectomía era una intervención rutinaria. Sus palabras exactas fueron: «No es nada».

Así que me quedé y, en el fondo, era consciente de que estaba entregando a Grant a los dioses de las novelas románticas situadas en pueblecitos para que hicieran lo que mejor saben hacer.

Ahora, tres días más tarde, mientras voy prácticamente esprintando con mis tacones de la buena suerte hacia el restaurante donde he quedado para comer, con los nudillos blancos de agarrar el teléfono, los ecos del toque de difuntos de mi relación resuenan por mi interior tomando la forma de la voz de Grant.

—Me lo repites. —Intentaba que fuera una pregunta. Me sale como una orden.

Grant suspira.

—No voy a volver, Nora. Mi mundo ha cambiado esta última semana. —Suelta una risita—. Yo he cambiado.

Siento un golpe seco en mi frío corazón de ciudad.

—¿Es pastelera? —pregunto.

Él se queda callado un segundo.

—¿Qué?

—Que si es pastelera —digo como si fuera una primera pre-

gunta de lo más razonable cuando tu novio te deja por teléfono—. La mujer por la que me dejas.

Tras un breve silencio, cede:

—Es la hija de la pareja que regenta el hotel. Han decidido no venderlo. Yo voy a quedarme y ayudarlos a llevarlo.

No puedo evitarlo: me río. Esa ha sido siempre mi reacción ante las malas noticias. Me he ganado el papel de mala malísima de mi propia vida, pero ¿qué otra cosa voy a hacer? ¿Derribarme y ponerme a llorar como una magdalena en medio de la acera? ¿De qué serviría?

Me detengo delante del restaurante y me masajeo los ojos con delicadeza.

—Para que me quede claro —digo—: ¿dejas el trabajo y el piso que tienes, que son increíbles, y A MÍ, y te vas a vivir a Texas? ¿Para estar con alguien para cuyo trabajo la mejor descripción que hay es «la hija de la pareja que regenta el hotel»?

—Hay cosas más importantes en la vida que el dinero y una carrera de éxito, Nora —espeta.

Me vuelvo a reír.

—No sé si te crees o no lo que estás diciendo.

Grant es hijo de un magnate hotelero multimillonario. «Nacido en una cuna de oro» ni siquiera empieza a hacerle justicia a su vida. Creo que incluso su papel higiénico era pan de oro.

Para Grant, ir a la universidad fue una formalidad. Las prácticas, una formalidad. ¡Si hasta ponerse pantalones antes de salir de casa lo era! Consiguió el trabajo por puro enchufe.

Y eso es, precisamente, lo que le da tanta riqueza a su comentario, en sentido figurado y literal.

Debo de haberlo dicho en voz alta, porque pregunta:

—¿Qué quieres decir con eso?

Echo un vistazo dentro del restaurante por el ventanal y

miro la hora en el móvil. Llego tarde. Yo nunca llego tarde. Esta no era la primera impresión que quería causar.

—Grant, tienes treinta y cuatro años y eres el heredero de una gran fortuna. Para los demás, poder comer depende de nuestro trabajo de forma directa.

—¿Lo ves? —dice—. Esa es la visión del mundo de la que estoy cansado. A veces puedes ser muy fría, Nora. Chastity y yo queremos...

No lo hago aposta —no quiero ser cortante— cuando repito su nombre con una risotada. Es solo que, cuando pasan cosas tan absurdamente malas, salgo de mi cuerpo. Veo cómo ocurren desde fuera y pienso: «¿En serio? ¿Esto es lo que el universo ha decidido hacer? No es muy sutil, ¿no?».

En este caso, ha decidido guiar a mi novio a los brazos de una mujer llamada «castidad», que no es sino la capacidad de mantener un himen intacto. A ver, es que es gracioso.

Él resopla al otro lado del teléfono.

—Estas personas son buena gente. Son la sal de la tierra. Ese es el tipo de persona que quiero ser. Mira, Nora, no te hagas la dolida...

—¿Quién se hace qué?

—Tú nunca me has necesitado...

—¡Pues claro que no! —Me he esforzado mucho por crear una vida que sea mía, en la que nadie pueda quitar un tapón y mandarme por un desagüe cósmico.

—Ni siquiera te has quedado a dormir en mi casa una sola noche...

—¡Mi colchón es objetivamente mejor! —Estuve investigando nueve meses y medio antes de comprarlo. Aunque esa misma metodología es la que sigo para salir con alguien y así es como acabo...

—... así que no hagas como si te hubiera roto el corazón

—termina Grant—. Ni siquiera estoy seguro de que se te pueda romper el corazón.

De nuevo, tengo que reírme.

Porque en esto se equivoca. Es solo que, una vez que tienes el corazón hecho añicos, una llamada como esta no es nada. Una punzada, un soplo, tal vez, pero, desde luego, no una rotura.

Grant está sembrado:

—Nunca te he visto llorar.

«De nada», pienso en decirle. ¿Cuántas veces nos diría mi madre, riéndose entre lágrimas, que su último novio le había dicho que era demasiado sentimental?

Es lo que tiene ser mujer. Que no existe la forma correcta de serlo. Si muestras abiertamente tus sentimientos, eres una histerica. Si los guardas donde tu novio no tenga que hacerse cargo de ellos, eres una cabrona desalmada.

—Tengo que colgar, Grant.

—Cómo no —contesta.

Ahora parece que querer cumplir con los compromisos que tengo es una prueba más de que soy un robot frígido y malo que duerme en una cama hecha de billetes de cien y diamantes en bruto. (Ojalá.)

Cuelgo sin despedirme y me meto bajo el toldo del restaurante. Mientras tomo aire para tranquilizarme, espero a ver si llegan las lágrimas, pero no. Nunca llegan. Y me parece bien.

Tengo un trabajo que hacer y, a diferencia de Grant, voy a hacerlo, por mí y por el resto de la gente que trabaja en la Agencia Literaria Nguyen.

Me aliso el pelo, me enderezo y entro. La ráfaga de aire acondicionado hace que se me ponga la piel de gallina en los brazos.

Es tarde para comer, así que hay poca gente, y localizo a Charlie Lastra casi al fondo, todo vestido de negro: el vampiro urbanita del mundo editorial.

Nunca nos hemos visto en persona, pero yo he vuelto a consultar el artículo en *Publishers Weekly* sobre su ascenso a director editorial de Wharton House Books y he memorizado su fotografía: las cejas oscuras y severas, los ojos marrón claro, la leve hendidura en la barbilla bajo sus labios carnosos. Tiene un lunar oscuro en la mejilla que, sin duda, de haber sido una mujer, se consideraría un rasgo bonito.

No puede tener mucho más de treinta y cinco años, y su cara es de las que se podrían llamar infantiles si no fuera por lo cansado que parece y por las canas que le salpican el pelo negro.

Además, está haciendo una mueca. O un mohín. Con la boca hace un puchero, pero, a la vez, está frunciendo las cejas. Es un *frunchero*.

Se mira el reloj.

No es buena señal. Antes de salir del despacho, Amy, mi jefa, me ha avisado de que Charlie tiene mucha fama de irritable, pero no me ha preocupado, siempre llego puntual.

Menos cuando me dejan por teléfono. En esos casos, llego seis minutos y medio tarde, al parecer.

—¡Hola! —Le tiendo la mano cuando me acerco—. Nora Stephens. Encantada de conocerte por fin en persona.

Se pone en pie y arrastra la silla por el suelo. Su ropa negra, sus facciones marcadas y su actitud en general tienen más o menos el mismo efecto que un agujero negro en la sala, absorbiendo toda la luz y tragándose la por completo.

La mayoría de la gente se viste de negro por una especie de profesionalismo indolente, pero él hace que parezca una DECISIÓN en mayúsculas. La combinación de su jersey informal de lana merina con los pantalones de vestir y los zapatos de cuero calado le da el aire de un famoso al que ha pillado por la calle un paparazzi. Sin darme cuenta, me pongo a calcular cuántos dólares lleva puestos. Libby lo llama mi desconcertante truco de ma-

gia de clase media, pero, en realidad, es que me encantan las cosas bonitas y tengo la costumbre de buscarlas por internet para relajarme después de un día estresante.

Diría que lo que lleva Charlie cuesta entre ochocientos y mil dólares. Más o menos igual que lo que llevo yo, aunque, a decir verdad, todo excepto los zapatos me lo compré de segunda mano.

Examina la mano que le tiendo durante dos largos segundos antes de estrechármela.

—Llegas tarde. —Se sienta sin molestarse en mirarme a los ojos.

¿Hay algo peor que un hombre que se cree por encima de las normas sociales solo por haber nacido con una cara decente y la cartera llena? Grant ha terminado con mi paciencia diaria para los capullos prepotentes. Aun así, tengo que seguirle el juego, por el bien de mis escritores.

—Lo sé —digo con una sonrisa radiante de disculpa, aunque no le pido perdón—. Gracias por esperarme. El metro se ha quedado parado. Ya sabes cómo es.

Levanta la mirada hacia mí. Ahora tiene los ojos más oscuros, tanto que no estoy segura de que haya iris alrededor de esas pupilas. Su expresión me dice que no tiene ni idea de cómo es lo de que los trenes se queden parados por motivos tan macabros como mundanos.

Seguramente no coge el metro.

Seguramente va a todos lados en una resplandeciente limusina negra o en un carruaje gótico tirado por caballos de raza clydesdale.

Me deshago de mi chaqueta de traje (tela de espiguilla, Isabel Marant) y tomo asiento delante de él.

—¿Has pedido?

—No —se limita a decir.

Mis esperanzas se hunden todavía más.

Hace semanas que concertamos esta comida para conocernos, pero el viernes pasado le mandé el manuscrito nuevo de una de mis clientas más antiguas, Dusty Fielding. Ahora me estoy planteando si puedo someter a una de mis escritoras al sufrimiento de tratar con este hombre.

Cojo la carta.

—Tienen una ensalada con queso de cabra que está buenísima.

Charlie cierra su carta y me mira.

—Antes de seguir adelante —dice con las cejas espesas y negras fruncidas y la voz grave y ronca por naturaleza—, debería decirte que el libro nuevo de Fielding me ha parecido totalmente intragable.

Me quedo boquiabierta. No sé muy bien qué decir. Para empezar, no pensaba sacar el tema del libro. Si Charlie quería rechazarlo, podía haberlo hecho por correo electrónico. Y sin usar la palabra *intragable*.

Pero, incluso dejando eso de lado, cualquier persona decente habría esperado a que hubiera algo de pan en la mesa para ponerse a soltar insultos.

Cierro la carta yo también y junto las manos encima de la mesa.

—A mí me parece el mejor que ha escrito.

Dusty ya ha publicado tres más, todos fantásticos, aunque ninguno se ha vendido bien. Su anterior editorial no estaba dispuesta a seguir apostando por ella, así que vuelve a estar libre y busca un nuevo hogar para su próxima novela.

Y, vale, en lo personal, puede que no sea la que más me gusta de las que ha escrito, pero tiene muchísimo atractivo comercial. Con el editor adecuado, sé todo lo que podría conseguir ese libro.

Charlie se yergue en su silla, y su mirada pesada y perceptiva hace que un cosquilleo me baje por la columna vertebral. Siento como si me viera por dentro, como si viera a través de la pulida cortesía externa las aristas accidentadas de mi interior. Su expresión dice: «Borra esa sonrisa impostada de la cara. Tan amable no eres».

Hace girar su vaso de agua sin levantarlo de la mesa.

—El mejor es *El esplendor de las pequeñas cosas* —dice como si estos tres segundos de contacto visual hubieran sido suficientes para leer mis pensamientos más profundos y supiera que habla por los dos.

Lo cierto es que *El esplendor* es uno de mis libros favoritos de la última década, pero eso no hace que el último no valga nada.

—Este libro es igual de bueno —replico—. Solo es diferente, menos sutil, tal vez, pero eso le da un toque cinematográfico.

—¿Menos sutil? —Charlie me mira entrecerrando los ojos. Al menos se vuelve a ver el marrón dorado de sus iris, así que ya no siento como si pudiera fulminarme con la mirada—. Eso es como decir que Charles Manson era *influencer*. Puede que técnicamente sea cierto, pero no se trata de eso. Este libro es como si alguien hubiera visto un anuncio de prevención del maltrato animal y hubiera pensado: «¿Y si enseñamos cómo mueren los perritos en pantalla?».

Se me escapa a sacudidas una carcajada cargada de irritación.

—Entendido, no es de tu gusto. Pero entonces puede que sea más útil —digo furiosa— que me digas lo que te ha gustado del libro. Así sabré qué mandarte en adelante.

«Mentirosa —me dice mi cabeza—, no piensas mandarle nada más.»

«Mentirosa —me dicen los ojos inteligentes y desconcertantes de Charlie—, no piensas mandarme nada más.»

Esta comida —y esta posible relación laboral— ha naufragado.

Charlie no quiere trabajar conmigo y yo no quiero trabajar con él, pero supongo que no ha abandonado por completo las normas sociales, porque sopesa mi pregunta.

—Es demasiado sentimental para mi gusto —dice por fin—, y los personajes son caricaturescos...

—Peculiares —disiento—. Podríamos suavizarlos, pero hay muchos, y las peculiaridades ayudan a diferenciarlos.

—Y la ambientación...

—¿Qué le pasa? —La ambientación es lo que hace que *Una vez en la vida* sea un libro redondo—. Sunshine Falls es un lugar encantador.

Charlie suelta una risa burlona y pone los ojos en blanco.

—No es nada realista.

—Es un lugar real —repongo.

Dusty había hecho que aquel pueblecito de montaña pareciera tan idílico que yo lo había buscado en Google y todo. Sunshine Falls, Carolina del Norte, unos kilómetros a las afueras de Asheville.

Charlie niega con la cabeza. Parece irritado. Pues ya somos dos.

No me gusta. Si yo soy el arquetipo de mujer de ciudad, él es el aguafiestas arisco e implacable. Es el misántropo cascarrabias: Óscar el Gruñón, el Heathcliff del segundo acto, lo peor del señor Knightley.

Lo cual es una pena, porque tiene la reputación de tener unas manos mágicas. Varias amigas mías del sector lo llaman Midas, porque todo lo que toca se convierte en oro. (Aunque también es cierto que algunas lo llaman «el Nubarrón», porque hace que te llueva el dinero, pero a qué precio.)

La cuestión es que Charlie elige trabajar con novelas gana-

doras y no está eligiendo *Una vez en la vida*. Decidida a afianzar mi confianza, si no la suya, me cruzo de brazos.

—Te aseguro que, por muy artificial que te haya parecido, Sunshine Falls es real.

—Puede que exista —responde Charlie—, pero yo te aseguro a ti que Dusty Fielding nunca ha estado allí.

—¿Y qué más da? —pregunto ya sin fingir cortesía.

La boca de Charlie se crispa en reacción a mi arrebató.

—Querías saber lo que no me había gustado del libro...

—Lo que te había gustado —lo corrijo.

—... y no me ha gustado la ambientación.

La quemazón de la rabia me baja por la tráquea y arraiga en los pulmones.

—¿Y por qué no me habla del tipo de libros que quiere usted, señor Lastra?

Se relaja hasta quedar recostado en el respaldo de la silla, lánguido y desparramado como un felino de la jungla jugueteando con su presa. Vuelve a girar el vaso de agua. Diría que es un tic nervioso, pero puede que sea un método de tortura de baja intensidad. Tengo ganas de tirárselo de la mesa de un manotazo.

—Quiero a la Fielding del principio, *El esplendor de las pequeñas cosas*.

—Ese libro no vendió bien.

—Porque la editorial no supo venderlo —dice Charlie—. Wharton House sabría. Yo sabría.

Se me arquea una ceja y hago lo que puedo por domarla y que vuelva a su sitio.

Justo en ese momento, la camarera se acerca a nuestra mesa.

—¿Puedo traerles algo mientras echan un vistazo a la carta? —pregunta con amabilidad.

—La ensalada con queso de cabra para mí —dice Charlie sin mirarnos a ninguna de las dos.

Debe de tener ganas de declarar que la ensalada que más me gusta de toda la ciudad también es intragable.

—¿Y para usted, señora?

Sofoco el escalofrío que me recorre la columna cuando una veinteañera me llama «señora». Así deben de sentirse los fantasmas cuando alguien pisa su tumba.

—Otra para mí. —Y, luego, porque ha sido un día de mierda y porque ya no tengo que impresionar a nadie (y porque voy a estar aquí atrapada por lo menos cuarenta minutos con un hombre con el que no tengo intención alguna de trabajar nunca), añadido—: Y un martini. Sucio.

Charlie levanta una ceja apenas unos milímetros. Son las tres de la tarde de un jueves, no es precisamente la *happy hour*, pero, dado que la mayoría de las editoriales cierran en verano y casi todo el mundo se toma los viernes libres, a efectos prácticos es fin de semana.

—Un mal día —le digo por lo bajo cuando la camarera desaparece con nuestra comanda.

—No tan malo como el mío —responde Charlie. El resto se queda en el aire, sin decir. «Me he leído ochenta páginas de *Una vez en la vida* y después me he sentado aquí contigo.»

Suelto una risa burlona.

—Entonces ¿no te ha gustado ni pizca la ambientación?

—Me cuesta imaginar otro sitio en el que me gustaría menos pasar cuatrocientas páginas.

—¿Sabes? —le digo—. Eres tan agradable como me habían dicho que serías.

—No puedo controlar cómo me siento —dice con frialdad. Me crispo.

—Eso es como si Charles Manson dijera que él no cometió los asesinatos. Puede que técnicamente sea cierto, pero no se trata de eso.

La camarera deja mi martini en la mesa y Charlie gruñe:
—¿Me pone otro a mí?

Esa misma noche, suena la notificación de un correo electrónico en mi móvil.

Hola, Nora:

Si quieres, tenme presente para los futuros proyectos de Dusty.

Charlie

No puedo evitar poner los ojos en blanco. Ni «Encantado de haberte conocido», ni «Espero que estés bien». No se molesta ni en fingir un mínimo de formalidad. Apretando los dientes, le contesto imitando su estilo.

Charlie:

Si escribes algo sobre Charlie Manson, el *influencer*, serás el primero en enterarte.

Nora

Me meto el teléfono en el bolsillo de los pantalones de chándal y abro la puerta del baño para empezar mi rutina de cuidado facial de diez pasos (también conocida como los mejores cuarenta y cinco minutos del día). El móvil vibra y me lo saco del bolsillo.

N:

Pues te ha salido el tiro por la culata; es un libro que me encantaría leer.

C

Decididísima a tener la última palabra, le escribo: Buenas noches.

(Aunque no le pongo «que tengas», porque en realidad no espero que las tenga.)

Saludos, contesta, como si estuviera despidiéndose en un correo que no existe.

Si hay algo que deteste más que los zapatos planos es perder. Le respondo: ☹.

No hay respuesta. Jaque mate. Después de un día horrible, esta pequeña victoria me hace sentir que todo está en su lugar. Termino la rutina de cuidado facial. Leo cinco maravillosos capítulos de una siniestra novela de misterio y me quedo dormida en mi colchón perfecto sin dedicar ni un solo pensamiento a Grant ni a su nueva vida en Texas. Duermo como un bebé.

O como una reina de hielo.